

caron con énfasis los pérfidos sectarios que no se reconocia al Hijo de Dios sino por una criatura, aunque de un orden superior á todas las demás. Creyéronse dispensados de emplear el término de substancia, y la fe de Nicéa corrió un riesgo que la puso al borde de ser quebrantada. Entonces se echó de ver cuan preferible es con los enemigos de la Iglesia una guerra declarada á una paz que no está fundada sobre una completa sumision. Estos buenos Obispos, víctimas de su simplicidad en Rimini, confesaron su falta y pidieron penitencia. Veíanse despreciados y desechados por los que se habian quedado en las diversas provincias.

Escluyólos en forma de su comunión Gregorio, Obispo de Elvira en España, de lo que le habló San Eusebio Vercelense. Reuniéronse en París los Obispos Galos que asistieron á este desgraciado Concilio, y mostraron el fraude que se habia usado para hacerles suprimir la palabra Consustancial y toda espresion formal de substancia. Anularon los Obispos todo cuanto se habia hecho últimamente en Rimini, por una resolucion unánime de todas las provincias de Italia. Desplegando el Papa Liberio todo su celo por la sana doctrina, despues de la ausencia y retiro de Felix, se mostraba á su frente como digno sucesor del Apóstol, encargado de confirmar á sus hermanos en la fe: lo que nos dice él mismo en una epístola, donde añade que los ortodoxos engañados por las maquinaciones de Sirmio, vencidos en Rimini, pero casi todos convertidos á su deber, daban con firmeza honor al santo

Concilio de Nicéa, y se declaraban con tanta mas fuerza contra el arrianismo, cuanto habian conocido mejor su pérfida malicia.

65. El Concilio de Seleucia, que hacia como una parte de el de Rimini, se habia tenido en el mismo año de 356. Envio tambien el Emperador oficiales poderosos y seguros para egecutar sus ideas. Halláronse en él ciento y sesenta Obispos de tres partidos diversos, esto es, los que desechaban simplemente el término de Consustancial, que eran los mas: los que no querian abandonar esta única salvaguardia, que eran los menos; y en fin, los Anoméos, ó los puros Arrianos, que eran cerca de cuarenta, los que no admitian ni la igualdad ni la semejanza de substancia entre las Personas divinas. No dejaban de ser Católicos en el fondo muchos de los primeros, aunque llamados Semiarianos. Creían toda la doctrina de la consustancialidad, y se abstendian solo de la famosa espresion de los Padres de Nicéa, por un amor mal entendido de la paz y de la concordia. Jorge de Laodicea, Eleusio de Cícico, Silvano de Tarso, Macedonio de Constantinopla, Basilio de Ancira, y Eustacio de Sebaste eran los principales de estos. A su frente tenian los Anoméos á Acacio de Cesaréa, de donde se llamaron muchas veces Acacianos, Eudocio de Antioquia, con los famosos Diáconos Accio y Eunomio, Uranio de Tiro, y Jorge de Alejandría. Eran Egipcios la mayor parte entre los Católicos decididos é irrepreensibles, y muy adictos á San Atanasio.

Estuvo en este Concilio San Hilario de Poitiers por

una disposicion visible de la Providencia. Estando desterrado en Frigia , parecia que necesitaba de una órden particular para pasar á Seleucia , ciudad de Isauria. Sin embargo , por la órden general de enviar á él todos los Obispos , el Gobernador de la provincia le hizo partir como á todos los Orientales. Ya sea por curiosidad de parte de ellos , ó por estimacion del mérito de Hilario , es positivo que le recibieron bien. Informáronse de él largamente , y con el mayor cuidado de la creencia de sus compatriotas : porque los Arrianos acusaban de Sabelianismo , ó de no reconocer sino con las palabras la Trinidad de las Personas divinas , á cuantos no opinaban como ellos. Hizo Hilario una estensa confesion de su fe , demostró su perfecta conformidad con la de Nicéa , y testificó que la creencia general de los Occidentales , tanto Galos como de las otras provincias , no era diversa de la suya. Así pues fue admitido á la comunion de los Obispos de Oriente y recibido en su Concilio.

66. Al principiar el Concilio hubo alguna dificultad en saber si se comenzaria por la denuncia de los culpables , ó examinando las cuestiones de fe. No poseía bastante ingenio el Emperador Constanzo para dirigir los Concilios ; por los que daba diversas órdenes y su cúmulo mismo causaba confusion , y tambien sus cartas parecian en un sentido equívoco ordenar ya un método ya otro. En fin se principió por el dogma. No fingió Acacio , sino que desechó osadamente el símbolo de Nicéa , y sin querer oír hablar ni de igualdad ni de semejanza de natureleza entre el Padre

y el Hijo , sostuvo con pertinacia que no podia haber generacion en la Divinidad , que el origen del Hijo no era otro que su generacion temporal ; que su ser procedia de la nada , y que Jesucristo , en una palabra , no era sino una criatura. Añadió la faccion con descaro á esta blasfemia las que muchas veces habian asustado al pudor y la piedad en boca de Eudocio de Antioquia , como por egeemplo , que si Dios tenia un Hijo , era necesario tambien que tuviese una muger , y otros mil escarnios despreciables y vergonzosas blasfemias , que los impíos de todos los tiempos substituyeron con tanta complacencia á la casta austeridad del language de los Padres y de la Escritura. Estremeciáanse de horror todos los ortodoxos , y hasta los Macedonianos ó Semiarianos , con San Hilario que lo cuenta (1). *Infeliz de mí* , dice este santo Doctor , *cuyos oidos ofendieron tales impiedades*. Resonaba todo el Concilio con quejas que duraron hasta la tarde. Antes de separarse propuso Silvano de Tarso , adoptar la célebre esposicion de fe de Antioquia , llamada de la Dedicacion , que establecia la semejanza de naturaleza ó de substancia entre el Hijo y el Padre ; pero no esplicaba su consubstancialidad , ni con suficiente claridad la divinidad de Jesucristo. Aplaudió la proposicion del Obispo de Tarso la mayor parte de los Obispos de Seleucia , que pensaban ó hablaban como Semiarianos , y suscribieron al símbolo de Antioquia. Acacio y sus secuaces protestaron y se retiraron del Concilio.

(1) *Hilar. cont. Const. lib. 1. num. 13.*

Hubo otras tres sesiones, en las cuales los Acacianos hicieron nuevas tentativas, más siempre infructuosas; después de lo cual abandonaron el campo á los Semiarrianos, que con algunos Católicos condenaron la impiedad del arrianismo puro y de sus fautores. Pronuncióse sentencia de deposición contra Acacio de Cesaréa en Palestina, Eudocio, Patriarca de Antioquia, Jorge de Alejandría, Uranio de Tiro, y algunos otros menos célebres, después de las citaciones acostumbradas con los términos necesarios.

67. Esto es lo más interesante que ocurrió en los Concilios de Rimini y Seleucia, que fueron los dos grandes escándalos de la Iglesia, cuyos enemigos no tienen otra razón para triunfar que su odio mismo contra ella, y el olvido de las reglas consagradas por el uso formal de todos los siglos. Se apoyan en lo numeroso de la asamblea de Rimini, que sola podía representar la Iglesia universal, y que con efecto la representó por algún tiempo: porque deben distinguirse dos partes muy diversas en este Concilio: él cesó de ser infalible y legítimo en tanto que sentenció contra los Obispos Arrianos; y la antigüedad le reconoció por Ecuménico hasta aquí (*). Respecto á lo que si-

(*) El Concilio Ariminense ó de Rimini en ningún sentido puede decirse Ecuménico ó general. Para que lo sea un Sínodo se requiere, como es notorio al menos instruido en las ciencias eclesiásticas, primero la convocación general hecha por el Sumo Pontífice, en segundo lugar la presidencia del Vicario de Jesucristo ó de sus Legados, por último su confirmación y publicación propia de la Cabeza visible de la Iglesia. Ahora bien ¿cuándo convocó Liberio el Concilio de Rimini? ¿Qué Legados suyos

guió después, y que San Atanasio en su tratado de los sínodos escrito, ó á lo menos publicado con este motivo, llama no el Concilio, sino las novedades de Rimini; es cierto que no fue ya una junta canónica, arreglada al espíritu y prácticas de los Apóstoles, y capaz de representar la Iglesia. Cesaron ya el orden y la libertad en él; destruyendo con esta confusión lo que acababa de decidirse según las leyes y los usos más antiguos.

No puede contradecirse á sí mismo el Espíritu Santo; y si de las dos decisiones contradictorias debemos atribuirle alguna, no será por cierto la que arranca-

le presidieron? ¿Dónde se ha encontrado jamás su confirmación? Todo lo contrario evidencian las memorias eclesiásticas de aquella época. Solo Constanzo imbuido por sus Semiarrianos es el que intimó á los Obispos la orden de reunirse; sus Condes fueron los presidentes de la asamblea; y lejos el Sumo Pontífice de confirmar sus decisiones, se pronunció altamente contra ellas. Ni se alegue la multitud de Obispos: estos sin cabeza, y sin la convocación necesaria no podían constituirse á sí mismos jueces de una causa suficientemente juzgada en el Sínodo Ecuménico de Nicéa. A más, la sección de Seleucia, con su número grande de Obispos, y con sus decisiones contrarias á las de Rimini ¿qué lugar ocuparía en la Iglesia universal, si se diese á la junta Ariminense el carácter de representante de toda la Iglesia? El Señor Berault cuando dice que se puede mirar en parte como Ecuménico el Concilio de Rimini, tal vez no pesó la fuerza de estas razones, y no aparece fundamento alguno para afirmar que la antigüedad lo tuvo por tal. Ello es que siempre se contó el Constantinopolitano primero por el segundo Concilio universal después del primero de Nicéa. Todo lo demás que dice el autor en esta observación se opone directamente á la pretendida ecumenicidad del Ariminense, y confirma el contrario parecer, y cuanto llevamos dicho en esta nota.

da violentamente obscurece en algun modo la fe constante y universal de las Iglesias estendidas por todo el mundo cristiano. Eximir de error á los Padres de Rimini no es la grande dificultad que se presenta, sino demostrar que sus últimos decretos no substituían inevitablemente el error á las verdades católicas, ó que los fieles que vivian en el malhadado tiempo de este Concilio, no podian con este motivo caer en el arrianismo sino por culpa suya; es decir, que en estas fatales circunstancias no se podia errar sino voluntariamente. Pues los Obispos juntos á pesar de su prevaricacion, no proponian una doctrina herética; antes al contrario todos, esceptuando los puros Arrianos que componian el menor número, estaban acordes exteriormente en el dogma y la doctrina pública que les pareció conforme á la fe antigua; y si su confesion pecaba por su insuficiencia, este mismo defecto duró poco, ó á lo menos fue corregido cuando los hereges se sirvieron de él, y cuando el riesgo de la seduccion vino á efectuarse. Entonces los Padres que se habian dejado sorprender, testificaron su dolor, y reprobaron altamente el nuevo sentido que los de la cábala daban á la fórmula adoptada, como las consecuencias que sacaban de ella.

Se opuso á la publicacion de estos decretos con gran vigor el Sumo Pontífice, á quien pertenece publicarlos, y se opuso en nombre de todos los Obispos. Los sucesores de los Apóstoles reconocieron la voz de Pedro, y se reunieron á su cabeza sin escepcion de los que habia estraviado el enemigo artificioso-

samente. Liberio escribió á todas partes inculcando mas que nunca el respeto debido á las decisiones de Nicéa; y para usar de las espresiones de Siricio, su contemporáneo y su sucesor casi inmediato, anuló de todo punto y sin respetos humanos el Concilio de Rimini. Detestó del mismo modo la multitud de los Obispos las indignas condescendencias de sus culpables compañeros: reuniéronse por Metrópolis ó se escribieron unos á otros: advirtieron á sus ovejas, para evitar ó prevenir el escándalo y restablecer la sana doctrina en todo su esplendor. Estaban generalmente adictos por otra parte los pueblos á la verdadera fe, aun en las decisiones gobernadas por los Prelados Arrianos. Nada prueba mejor estas felices disposiciones, que la sutileza y los equívocos que aquellos falsos Pastores se vieron en la precision de usar continuamente en sus innovaciones. Respecto á la condenacion de las fórmulas Arrianas, hecha á la sazón por el mayor número de los Obispos en toda la estension de la Iglesia, espresa y uniformemente la testifican Lucifero de Cagliari, San Hilario, San Atanasio, y todos los autores mas respetables. Así pues, cuando los Prelados seducidos y sorprendidos en Rimini, no hubieran reparado con tanta ventaja el escándalo de su credulidad ó de su condescendencia, ¿qué importan cuatrocientos ni aun seiscientos Obispos, incluyendo los de Seleucia, para la totalidad de las Sillas Episcopales de aquella edad primera? Cuentan muchos millares los escritores mejor instruidos. Y sin reunir aquí las autoridades, el sexto cánón de Sárdica que

veda ordenar un Obispo para una aldea ó una villatan pequeña que baste en ella un solo Sacerdote, da á conocer bien hasta qué punto estaban multiplicados por este tiempo los Prelados.

Examínese despreocupadamente el verdadero estado de las cosas. Cuando se habla del cuerpo del Episcopado, no se trata de los Obispos separados por la heregía ó por el cisma consumado; así como hoy en el cuerpo de la Iglesia que nos enseña, no apreciamos ni contamos con los Obispos cismáticos de la Grecia, ni de los hereges de Inglaterra. Del mismo modo, tratándose del tiempo del arrianismo, debemos reducir el exámen de los miembros del Episcopado á los Prelados Católicos, á saber, á los que no eran ni hereges ni cismáticos conocidos, los que se reducian al pequeño número de los puros Arrianos. Es indispensable tambien contar en el Episcopado á los Prelados ortodoxos espulsos de sus Sillas, y escluir á los usurpadores. Suponiendo todo lo referido, ¿qué exceso era el de los Obispos que profesaban la sana doctrina á todos sus enemigos declarados, y á los que parecian haberla desconocido? Si algunos escritores interesados en reducir al pequeño número la profesion de la fe, exageraron con un placer bárbaro y vil esta triste desercion, y si á los débiles Obispos de Rimini asociaron tambien otros muchos que los imitaron en diferentes provincias; no es menos cierto segun todas las historias que la seduccion no fue sino sucesiva, y que en cualquier tiempo que se pueda señalar, escede muchísimo el número de Pas-

tores que profesaban la verdad al de los prevaricadores. Nunca, nunca el Protector adorable de la Iglesia sufrió en ella nubes capaces de obscurecer el carácter divino de su visibilidad, y los mas terribles tormentos hicieron muchas veces el principio de sus mas prósperos acaecimientos.

68. Dieron una ventaja inestimable á la Iglesia las divisiones que los Concilios de Rimini y Seleucia suscitaron entre sus enemigos. Los Semiarianos habian concebido la aversion mas viva contra los puros Arrianos. Creyéronse obligados á darles sucesores y hacer que se egecutasen las disposiciones de Seleucia estensamente, despues de haber pronunciado contra ellos muchas sentencias de deposicion; mas no lo consiguieron. Volvieron á sus Iglesias los hereges, unos sin formalidad alguna, y otros llevaron sus quejas á Constantinopla. El osado Acacio condujo allí aunque con dificultad al Patriarca Eudosio, con cuya pusilanimidad natural tuvo que combatir por mucho tiempo.

Sus rivales por otra parte enviaron diez diputados á Constanzo para informarle de lo ocurrido en Seleucia, segun las órdenes que habia dado á los dos Concilios de Oriente y Occidente. Basilio de Ancira, gefe de esta diputacion, llevó consigo á Eustacio de Sebaste, Eleusio de Cícico y Silvano de Tarso. Habíales precedido Acacio con Eudosio, que acompañaba á Aecio y Eunomio. Hallaron á los eunucos del palacio, que dominaban al Emperador, adictos siempre como ellos á lo mas impío del arrianismo, y no

desconfiaron de tomar otra vez su primer ascendiente sobre el espíritu inconstante de este Príncipe. Pidióle justicia sin embargo el Obispo de Ancira contra las blasfemias de Eudocio, al cual por la envidia y emulacion le acusó con preferencia á Acacio que era el alma del partido. Eustacio de Sebaste lo apoyó y se estendió fuertemente sobre la manera con que Eudocio queria resucitar las impiedades mas monstruosas de Arrio; y para no dejar duda alguna propuso que se leyese la confesion de fe de este Patriarca, hecha sin principios y sin moderacion en sus accesos fanáticos. El Emperador convino en oírle, y mostró tanto horror como sorpresa á la lectura de las blasfemias que en ella se vomitaban contra el Verbo encarnado: cada uno de los oyentes estaba poseído de la misma indignacion. Constanzo preguntó á Eudocio si era autor de esta confesion detestable. Disimuló y dijo que era de Aecio, al que se mandó venir, y como no sabia el estado del asunto se declaró sin rodeos ser autor de esta pieza impía. Arrojóle el Emperador ignominiosamente de su presencia, y dió orden para confinarle. Vióse precisado Eudocio temiendo experimentar la misma suerte á anatematizar este detestable escrito.

Tal era la crisis en que estaba el partido de los Anomeos cuando arribaron á Constantinopla los últimos diputados de Rimini. Era la misma su fe en el fondo que la de los Arrianos ó Anomeos aunque se esPLICaban mas reservadamente: se reunieron con ellos, mas les hicieron creer la necesidad de admitir algu-

nas modificaciones. Por esto los Acacianos satisfechos de que los Occidentales hubiesen abandonado en Rimini el término de substancia, adoptaron tan fácilmente la fórmula de este Concilio. Creyó el Emperador haberlo compuesto todo con una reunion que era obra de un interés momentáneo y sin concordia ninguna en los ánimos. Tratando pues estos objetos sagrados y delicados segun las formas de la administracion temporal, y no teniendo capacidad para ello, procedió muy activamente á hacer firmar la confesion de Rimini á todos los Obispos que estaban á la sazón en Constantinopla (1). Rehusaron firmarla con valor Silvano de Tarso y Eleusio de Cícico, por decirse en ella precisamente que el Hijo era parecido al Padre, sin mentar la substancia. Aseguran algunos que estos Obispos, Semiarianos hasta entonces, se convirtieron ahora con sinceridad.

69. Prevalciendo de este modo los Acacianos, tuvieron el año de 360 en Constantinopla otro Concilio para anular todo lo hecho en el de Seleucia. San Hilario estaba en la ciudad imperial, donde habia acompañado á los Diputados Orientales para saber lo que el Emperador disponia acerca de su persona. Aterrorizado á la vista del riesgo inminente de la fe, presentó un memorial al Emperador, en el cual al principio se trata de la injusticia hecha al santo Obispo desterrándole, y ofrecia confundir al autor, esto es á Saturnino de Arlés, que tambien estaba en Constantinopla; mas esto solo era un medio de que usó

(1) *Hieronym. Chronic. an. 361. Gregor. Nazian. Orat. 2.*

el santo Doctor para tratar de los intereses de la Iglesia, que le eran infinitamente mas apreciables que los de su persona. Con efecto dice á Constanzo: „me oireis sobre mi destierro cuando y de la manera que gustéis, por ahora paso á hablaros de un negocio de mayor momento. Consternado á vista del riesgo en que veo al mundo Cristiano, y temblando por una parte por mi propia salvacion, temeroso de los castigos del cielo, de los que es merecedor el culpable silencio de un Obispo, y temiendo tambien mucho mas por la salud de vuestra Magestad y todo vuestro imperio, vengo á anunciaros la fe que quereis aprender de los Obispos, y en la cual nadie tiene valor para instruiros. Porque no se debe tomar por doctrina invariable de la Iglesia la multiplicidad de estas fórmulas, que varían todos los dias. Estas mismas variaciones prueban invenciblemente que no es esta la verdadera fe. Esto es, Príncipe, la fe de las circunstancias y de la política, no la del Evangelio. Desde el Concilio de Nicéa, los Obispos en quienes depositais vuestra confianza no hacen otro que componer símbolos. ¿Cuánto mudó entre ellos la fe del último año? ¿qué digo? Todos los años, todos los meses publican nuevas profesiones (*); y en tanto que inventan palabras, y disputan sobre el sentido, mientras uno anatematiza á otro, se acaloran los ánimos, y se llenan de amargura; casi todos han perdido la fe

(*) ¡Qué leccion tan preciosa para los Protestantes, y sus hijos los Jansenistas! Aquí tienen descrito su carácter, semejante de todo en todo al de sus predecesores en el camino del error.

y la caridad de Jesucristo.” Así y aun mas estensamente convencia el santo Doctor á los novadores de instabilidad, argumento el mas capáz de confundir las novedades heréticas en todas las edades.

70. En aquel mismo tiempo, esto es, el año 360 ó como lo dice espresamente, cinco años despues del destierro de Paulino, de Eusebio, de Lucifero y de Dionisio, compuso San Hilario un tratado contra el Emperador Constanzo; y se cree que esta obra, escrita con una libertad y fuerza indecible, no se dió á luz hasta despues de muerto el Emperador. El furor mismo de la persecucion y la necesidad de un remedio tan violento como este nervioso escrito no pudieron bastar para hablar de aquel modo á un Soberano, siempre respetable, aunque perseguidor; el ardor que le dictó este escrito sin duda fue inspirado verdaderamente á su piadoso autor, como en otro tiempo á los Macabeos, cuyo egeemplo cita.

71. Hilario habia pedido una conferencia en la representacion al Emperador, sobre las innovaciones y variaciones perpetuas en punto de dogma con los Arrianos juntos entonces en Concilio en la capital. Aterraronse los sectarios con esta especie de desafío, y para alejar á un antagonista tan formidable, persuadieron á Constanzo que le enviase á las Galias, como un hombre capáz de conmovier todo el Oriente. Tal fue el medio de que se sirvió la Providencia para restituir al santo Obispo de Poitiers á su Iglesia, y despues de esto hicieron cuanto quisieron los Acaicianos.